LA CAÍDA DE LA CASA DE USHER

Su corazón es un laúd colgado;
apenas lo tocan resuena.
De Beranger.

Durante todo un día de otoño, apagado, sombrío y silencioso, cuando las nubes cuelgan opresivamente bajas en el cielo, pasaba a solas, a caballo, por una extensión de campo de una singular monotonía, y la final me hallé, cuando las sombras de la noche empezaban a extenderse, a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo fue, pero, a la primera ojeada del edificio, una sensación de insufrible tristeza invadió mi espíritu. Digo insufrible porque la sensación no se veía aliviada por ninguno de esos sentimientos medio agradables, por ser poéticos, con los que la mente recibe normalmente incluso las más duras imágenes de lo desolado o lo terrible. Contemplé la escena que tenía ante mí: la misma casa y los sencillos rasgos del paisaje de la propiedad, las desoladas paredes, las ventanas parecidas a ojos vacíos, las hileras de juncos y los pocos troncos blancos de unos enfermizos árboles, con una absoluta depresión del alma que no puedo comparar más propiamente con ninguna otra sensación terrena que con el despertar del opiómano, el duro regresar a la vida cotidiana, la horrible caída del velo. Era una sensación glacial, un hundimiento enfermizo del corazón, una irremediable tristeza del pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía impulsar a lo sublime. ¿Qué era, me detuve a pensar, qué era lo que me ponía tan nervioso ante la contemplación de la Casa de Usher? Era un misterio totalmente insoluble; no podía enfrentarme a las sombrías visiones que se acumulaban sobre mí mientras pensaba. Me vi obligado a recurrir a la insatisfactoria conclusión de que, aunque sin la menor duda hay combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos de este modo, el análisis de este poder reside todavía en consideraciones más allá de nuestra profundización. Era posible, reflexioné, que una disposición simplemente distinta de los particulares de la escena, de los detalles del cuadro, fuera suficiente para modificar, o quizá aniquilar, su capacidad de producir aquella dolorosa impresión; y, actuando según esa idea, conduje mi caballo hacia la escarpada orilla de un negro y lúgubre estanque que permanecía sereno y brillante junto a la morada, y bajé la vista y contemplé –pero con un estremecimiento aún más intenso que antes- las imágenes remodeladas e invertidas de la gris línea de juncos y los fantasmagóricos troncos de los árboles, y las vacías ventanas como ojos.

Sin embargo, me había propuesto residir en esta lúgubre mansión durante varias semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis joviales compañeros de juventud; pero habían transcurrido muchos años desde nuestra última reunión. No obstante, una carta suya me había llegado hacía poco a una distante parte del país, una carta suya que, con su tono claramente apremiante, no admitía más respuesta que mi presencia directa. La letra daba muestras de agitación nerviosa. El autor hablaba de una aguda enfermedad corporal, y de su vehemente deseo de verme, en tanto que su mejor y de hecho único amigo personal, con el propósito de intentar conseguir, con la alegría de mi presencia, algún alivio a su enfermedad. Era la forma en que decía todo esto, y mucho más –era la evidente sinceridad de su petición-, lo que no dio pie a la vacilación; en consecuencia, obedecí de inmediato lo que todavía consideraba una singular llamada.

Aunque, de muchachos, habíamos sido camaradas íntimos, en realidad sabía muy poco de mi amigo. Su reserva había sido siempre excesiva y habitual. Era consciente, sin embargo, de que su muy antigua familia se había distinguido, desde hacía mucho tiempo, por una peculiar sensibilidad de temperamento, exhibida a lo largo de los siglos en muchas obras de exaltado arte, y manifestada últimamente en repetidos actos de magnífica pero discreta caridad, así como en una apasionada devoción a las complejidades, quizá incluso más que a las ortodoxas y fácilmente reconocibles bellezas, de la ciencia musical. Había sabido también del muy notable hecho de que la estirpe de los Usher, por muy honorable que fuera en el tiempo, no había producido en ningún período de su existencia ninguna rama duradera; en otras palabras, que la familia entera había perdurado siempre a través de la línea directa de descendencia, con muy

pocas y esporádicas variaciones. Era esta deficiencia, consideré, mientras revisaba mentalmente la perfecta concordancia del carácter del lugar con el acreditado carácter de la gente, y mientras especulaba en la posible influencia que uno, con el transcurrir de los siglos, podía haber ejercido en la otra…, era esta deficiencia, quizá, de ramas colaterales, y la consecuente transmisión directa, de padre a hijo, del patrimonio junto con el nombre, lo que había identificado a la larga a ambos hasta el punto de mezclar el título original de la propiedad al peculiar y equívoco apelativo de “Casa de Usher”, un apelativo que parecía incluir, en las mentes de los campesinos que lo usaban, tanto la familia como la mansión familiar.

He dicho ya que el único efecto de mi, en cierto modo, infantil experimento – el de mirar a la superficie del estanque- no había hecho más que profundizar aquella primera impresión singular. No puede haber la menor duda de que la concienciación del rápido aumento de mi superstición -¿por qué no denominarla así?- servía principalmente para acelerar el propio aumento. Desde hace mucho tiempo sé que ésta es la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen el terror como base. Y puede que sólo fuera por esta razón que, cuando alcé de nuevo la vista de su imagen en el estanque hacia la casa en sí, brotó en mi mente una extraña visión, algo de hecho tan ridículo que lo menciono solamente para mostrar la vívida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado de tal modo que realmente creía que alrededor de la mansión y de toda la propiedad flotaba una atmósfera que no tenía ninguna afinidad con el aire del cielo, sino que emanaba de los enfermizos árboles y de los muros grises y del silencioso estanque, un vapor místico, pestilente, opaco, pesado, débilmente discernible y de tono plomizo.

Sacudí de mi espíritu lo que tenía que ser un sueño y escruté más detenidamente el aspecto real del edificio. Su rasgo principal parecía ser una excesiva antigüedad. La decoloración de los siglos había sido grande. Diminutos hongos se esparcían por todo el exterior y colgaban en una fina telaraña de los aleros. Sin embargo, nada de aquello significaba un extraordinario deterioro. Ninguna parte de la mampostería había caído; y parecía haber una fuerte contradicción entre la aún perfecta adaptación de sus partes y la desmoronante condición de las piedras individuales. Mucho de aquello me recordaba la engañosa integridad de las viejas maderas que se han podrido a lo largo de los años en algún sótano olvidado, sin que el aliento de ningún aire exterior las altere. Más allá de indicio de una extensa descomposición, no obstante, el edificio no presentaba el menor síntoma de inestabilidad. Quizá el ojo de un observador atento pudiera descubrir una apenas perceptible fisura que, extendiéndose desde el techo del edificio delantero, se abría camino pared abajo en una dirección en zigzag, hasta perderse en las tenebrosas aguas del estanque.

Mientras observaba todas estas cosas cabalgué a lo largo de una corta calzada elevada hasta la casa. Un sirviente que me esperaba tomó mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de andar furtivo me condujo desde allí, en silencio, a través de muchos oscuros e intrincados pasillos en mi camino hasta el estudio de su amo. Buena parte de lo que encontré por el camino contribuyó, no sé cómo, a realzar los vagos sentimientos de los que he hablado. Aunque los objetos que me rodeaban –las molduras de los techos, los oscuros tapices de las paredes, la negrura de ébano de los suelos y los fantasmagóricos trofeos de armas que resonaban a mis pasos- eran cosas a las que estaba acostumbrado desde mi infancia, y no dudaba en reconocerlas como familiares, no dejaba de preguntarme lo extrañas que eran las visiones que todas aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las escaleras encontré al médico de la familia. Su semblante, pensé, mostraba una expresión mezcla de astucia y perplejidad. Me saludó con nerviosismo y siguió su camino. El criado abrió entonces una puerta y me introdujo en presencia de su amo.

La habitación en la que me hallé era muy grande y de techo muy alto. Las ventanas eran largas, estrechas y puntiagudas, y a tan enorme distancia del suelo de roble negro como para ser totalmente inaccesibles desde adentro. Débiles rayos de una luz rojiza que se abrían camino a través de los paneles entramados bastaban para hacer distinguibles los objetos más prominentes a mi alrededor; los ojos, sin embargo, luchaban en vano por alcanzar los ángulos más remotos de la estancia o los rincones del techo abovedado y artesonado. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario era en general abundante, incómodo, antiguo y desgastado. Había muchos libros e instrumentos musicales dispersos un poco por todas partes, pero no conseguían

dar vitalidad a la escena. Tuve la sensación de respirar una atmósfera de pesar. Un aire de severa, profunda e irremediable melancolía flotaba por todas partes y penetraba en todo.

A mi entrada, Usher se levantó de un sofá donde había estado recostado cuan largo era y me saludó con una viva calidez que, pensé en un primer momento, tenía mucho de forzada cordialidad, el obligado esfuerzo de un hombre de mundo enajenado. Una mirada a su expresión, sin embargo, me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos; y por unos momentos, mientras guardábamos silencio, lo observé con una sensación mezcla de piedad y asombro. ¡Nunca antes había visto a un hombre tan terriblemente cambiado en un período de tiempo tan breve como Roderick Usher! Tuve dificultad para admitir la identidad del hombre que estaba delante de mí como el compañero de mi primera juventud. Sin embargo, el aspecto de su rostro había sido siempre notable. Complexión cadavérica; unos ojos grandes, líquidos y luminosos más allá de toda comparación: labios un poco delgados y muy pálidos, pero con una curva de incomparable hermosura; una nariz de modelo delicadamente hebreo, pero con una anchura de aletas poco habitual en similares formaciones; una barbilla finamente moldeada, que hablaba, en su deseo de prominencia, de un deseo de energía moral; cabello suave y tenue más allá de la telaraña; esos rasgos, junto con una sorprendente expansión sobre las regiones de las sienes, le proporcionaban un aspecto difícil de olvidar. Y ahora, en la mera exageración del carácter dominante de esos rasgos, y en la expresión que transmitían, residía un cambio tan grande que dudé de a quién hablaba. Por encima de todo, la ahora fantasmagórica palidez de la piel y el ahora milagroso lustre de los ojos me sobresaltaban y me maravillaban. Su sedoso pelo también había crecido sin ser atendido, y puesto que, con su textura de telaraña, flotaba más que caía sobre su rostro, me era imposible, ni siquiera con un esfuerzo, conectar esta arabesca expresión con ninguna idea de simple humanidad.

En la actitud de mi amigo me chocó primero una cierta incoherencia, una inconsistencia; y pronto descubrí que esto procedía de una serie de débiles y fútiles esfuerzos por superar una habitual ansiedad, una excesiva agitación nerviosa. Ya venía preparado para algo de esta naturaleza, menos por su carta que por las reminiscencias de ciertos rasgos juveniles y por conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y temperamento. Su actitud era alternativamente vivaz y hosca. Su voz variaba con rapidez de una trémula indecisión (cuando su espíritu animal parecía caer en un estado de suspensión) a esa especie de enérgica concisión, esa brusca, densa, pausada y hueca enunciación, esa pesada, auto equilibrada y perfectamente modulada afirmación gutural que puede observarse en el borracho desorientado o en el comedor de opio inveterado durante sus períodos de más intensa excitación.

Fue así que habló del objetivo de mi visita, de su ansioso deseo de verme, y del solaz que esperaba que le proporcionara. Entró con cierto detalle en lo que concebía como la naturaleza de su enfermedad. Se trataba, dijo, de un mal constitucional y familiar, para el que desesperaba hallar remedio, una simple afección nerviosa, se apresuró a añadir, que indudablemente pasaría pronto. Se manifestaba en una serie de sensaciones innaturales. Algunas de ellas, tal como las detalló, me interesaron y me desconcertaron; aunque quizá los términos y el modo general de su narración tuvieran también su peso. Sufría mucho de una morbosa agudeza de los sentidos; la comida más insípida era la única soportable; sólo podía llevar ropas de una cierta textura; los olores de todas las flores eran opresivos; sus ojos eran torturados incluso por la más débil luz; y sólo los sonidos más peculiares, y los de los instrumentos de cuerda, no le inspiraban horror. Vi que estaba esclavizado por una especie anómala de terror.

Pereceré –me dijo -, debo perecer en esta deplorable locura. Así, así y no de otro modo, me perderé. Temo los acontecimientos del futuro, no en sí mismos, sino en sus resultados. Me estremezco ante el pensamiento de cualquier incidente, incluso el más trivial, que pueda actuar sobre esta intolerable agitación del alma. De hecho, no siento aborrecimiento del peligro, excepto en su efecto absoluto, el terror. En esta nerviosa, en esta lamentable condición, siento que llegará más pronto o más tarde el momento en el que deba abandonar juntas vida y razón, en alguna lucha con ese terrible fantasma, el miedo.

Supe también, a intervalos, y a través de interrumpidas y equívocas alusiones, otro rasgo singular de su condición mental. Estaba encadenado por ciertas supersticiosas impresiones a la morada de la que era propietario, y que desde hacía muchos años nunca había abandonado,

a través de una influencia cuya supuesta fuerza se manifestaba en términos demasiado oscuros para ser enumerados aquí, una influencia por la cual ciertas particularidades en la mera forma y sustancia de su mansión familiar habían logrado, a través de un largo sufrimiento, decía, un efecto en el cual lo físico de los grises muros y torres, y del oscuro estanque al que todo miraba, había crecido finalmente por encima de lo moral de su existencia.

Admitía sin embargo, aunque con vacilación, que buena parte de la especial disposición de ánimo que le afligía se remontaba a un origen más natural y mucho más palpable, a la grave y larga enfermedad y a la muerte sin duda ya inminente de una tiernamente amada hermana, su única compañía desde hacía muchos años, su último y único familiar en la tierra.

Su muerte –dijo, con una amargura que jamás podré olvidar – lo dejará a él (a él, el desesperanzado, el frágil) como el último de la antigua raza de los Usher.

Mientras hablaba, lady Madeleine (porque así se llamaba) cruzó la habitación por una parte remota y, sin notar mi presencia, desapareció. La observé con una absoluta sorpresa no carente de temor; y sin embargo hallé imposible explicar esos sentimientos. Una sensación de estupor me oprimió mientras mis ojos seguían sus pasos que se retiraban. Cuando al final la puerta se cerró tras ella, mi mirada buscó instintiva y ansiosamente la expresión del hermano; pero éste había enterrado su rostro entre las manos, y sólo pude percibir que una palidez muy superior a la habitual se había extendido por entre los descarnados dedos entre los cuales brotaban abundantes lágrimas apasionadas.

La enfermedad de lady Madeleine había desconcertado durante mucho tiempo la habilidad de sus médicos. Una profunda apatía, un agotamiento gradual de su persona y frecuentes aunque transitorios ataques de carácter parcialmente cataléptico formaban el inusual diagnóstico. Hasta entonces había soportado con estoicismo las presiones de su enfermedad, y no se había dejado dominar por la imperiosa necesidad de guardar cama; pero al caer la tarde de mi llegada a la casa sucumbió (como me dijo su hermano por la noche con inexpresable agitación) al postrante poder del destructor; y supe que el atisbo que había conseguido de su persona sería, probablemente, el último que obtuviera, pues no volvería a ver más, al menos mientras viviera, a la lady.

Durante los varios días siguientes ni Usher ni yo mencionamos su nombre; y durante este período estuve atareado con una serie de esfuerzos por aliviar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o y o escuchaba, como en un sueño, las locas improvisaciones de su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más cercana me iba admitiendo sin reservas en los recovecos de su espíritu, me di cuenta cada vez con mayor amargura de la futilidad de cualquier intento de alegrar una mente de la cual, como si fuera una cualidad inherentemente positiva, se derramaba en una incesante radiación de tristeza la oscuridad sobre todos los objetos del universo moral y físico.

Siempre conservaré el recuerdo de las numerosas horas solemnes que pasé a solas con el amo de la Casa de Usher. Sin embargo, fracasé en todos mis intentos de captar una idea del carácter exacto de los estudios, o las ocupaciones, en las que me implicó o para las que me abrió el camino. Un excitado y altamente destemplado idealismo arrojaba un lustre sulfuroso sobre todo. Sus largas endechas improvisadas resonarán para siempre en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo con dolor una cierta perversión y amplificación singular de la enérgica melodía del último vals de Von Weber. De sus pinturas, en las cuales plasmaba su elaborada fantasía, y que crecían, pincelada a pincelada, en una vaguedad que me hacía estremecer intensamente, porque me estremecía sin saber por qué; de esas pinturas (vívidas hasta el punto de que sus imágenes están aún ahora ante mí) intentaría en vano extraer algo más que una pequeña porción que pudiera encajar en el espacio de las meras palabras escritas. Por su absoluta simplicidad, por la desnudez de su dibujo, inmovilizaban y sobrecogían la atención. Si alguna vez un ser mortal pintó un ideal, ése fue Roderick Usher. Para mí al menos, en las circunstancias que entonces me rodeaban, de las puras abstracciones que el hipocondríaco conseguía plasmar sobre el lienzo brotaba un intenso e intolerable pavor; cuya sombra no he sentido nunca ni siquiera en la contemplación de las ciertamente brillantes pero demasiado concretas ensoñaciones de Fuseli.

Una de las fantasmagóricas concepciones de mi amigo, que no participaba con tanta rigidez como otras del espíritu de la abstracción, puede ser traducida, aunque débilmente, en palabras. Un pequeño cuadro presentaba el interior de una larguísima y rectangular bóveda o

túnel, de paredes bajas, lisas, blancas, y sin la menor interrupción ni adorno. Algunos detalles accesorios del dibujo servían para transmitir la idea de que esta excavación se hallaba a una gran profundidad por debajo de la superficie de la tierra. No se observaba ninguna salida en ninguna parte de su vasta extensión, ni era discernible ninguna antorcha ni otra fuente artificial de luz; peor un flujo de intensos rayos rodaba de parte a parte, bañando el conjunto con un fantasmagórico e inadecuado esplendor.

He hablado de ese estado morboso del nervio auditivo que hacía toda música intolerable para el que lo sufría, con excepción de ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Era, no obstante, los estrechos límites a los cuales se confinaba con la guitarra los que dieron nacimiento en gran medida al carácter fantástico de sus interpretaciones. Pero la ardiente facilidad de sus impromptus no podía atribuirse a ello. Tenía que ser, y lo era, en las notas, así como en las palabras de sus locas fantasías (porque con mucha frecuencia se acompañaba con improvisaciones verbales rimadas), resultado de la concentración mental a la que antes he aludido como observable tan sólo en momentos particulares de la mayor excitación artificial. Recuerdo con facilidad las palabras de una de esas rapsodias. Me sentí, quizá, fuertemente impresionado por ella cuando me la ofreció debido a que, bajo la mística corriente de su significado, sentí percibir por primera vez que Usher era consciente por completo de que su orgullosa razón se tambaleaba sobre su trono. Aquellos versos, que tituló “El palacio hechizado”, dicen más o menos, si no exactamente esto:

I
En el más verde de nuestros valles,
habitado por ángeles buenos,
hubo en una ocasión un majestuoso palacio de ensueño,
un radiante palacio, que alzaba su cabeza.
¡En los dominios del monarca Pensamiento, ahí estaba!
Jamás un serafín extendió un ala
sobre algo ni la mitad de bello.

II
Banderas amarillas, gloriosas, doradas,
sobre su tejado flotaban y ondeaban
(esto –todo esto- fue en los viejos tiempos de hace mucho);
y a cada suave brisa que jugueteaba,
en ese dulce día,
junto a las murallas empenachadas y pálidas,
se elevaba un aroma alado.

III
Los que vagaban pro ese feliz valle
veían, a través de dos luminosas ventanas,
espíritus que se movían musicalmente
al son de un laúd bien afinado,
alrededor de un trono, donde sentado
(¡Porfirogene!)
en un estado digno de su gloria,
podía verse al soberano del reino.

IV
Y refulgiendo con perlas y rubíes
estaba la puerta del palacio de ensueño,
a través de la cual brotaban, brotaban, brotaban
centelleando constantemente,
un tropel de Ecos cuyo dulce deber
no era más que cantar,

con voces de incomparable belleza,
el talento y la sabiduría de su rey.

V
Pero seres malvados, con ropajes de luto,
asaltaron la elevada posición del monarca;
(¡Ah, lloremos, pues nunca el mañana
amanecerá sobre él, desolado!)
Y, en torno a su hogar; la gloria
que encendía sus colores y florecía
no es hoy más que una historia apenas recordada
de los viejos tiempos sepultados.

VI
Y los viajeros que cruzan ahora ese valle,
a través de las rojizas ventanas ven
enormes formas que se mueven fantásticamente
al son de una discordante melodía;
mientras, como un rápido y horrible río,
a través de la pálida puerta,
una horrenda turba se precipita eternamente,
y ríe, pero no sonríe nunca.

Recuerdo muy bien que las sugestiones surgidas de esta balada nos condujeron a una línea de pensamiento donde se puso de manifiesto una opinión de Usher que menciono no tanto por su novedad (porque otros hombres han pensado en esto), sino por la pertinacia con que la mantuvo. Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de todas las cosas vegetales. Pero, en su desordenada imaginación, la idea había adoptado un carácter más atrevido, y alcanzaba, bajo ciertas condiciones, el reino de lo inorgánico. Me faltan palabras para expresar toda la expresión, o el anhelante abandono de su persuasión. La creencia, sin embargo, estaba conectada (como ya he apuntado anteriormente) con las piedras grises del hogar de sus antepasados. Las condiciones de la sensibilidad, imaginaba, se cumplían en el método de colocación de aquellas piedras, en el orden de su disposición, así como en el de los muchos hongos que las cubrían, y en el de los enfermizos árboles que se alzaban a todo alrededor, y por encima de todo en la larga persistencia no alterada de aquella disposición, y en su duplicación en las quietas aguas del estanque. Esta evidencia –la evidencia de la sensibilidad – se manifestaba, dijo (y aquí me sobresalté yo mientras hablaba), en la gradual pero cierta condensación de la atmósfera por encima de las aguas y junto a los muros. El resultado podía descubrirse, añadía, en aquella silenciosa pero inoportuna y terrible influencia que durante siglos había moldeado los destinos de su familia, y que había hecho de él lo que yo veía ahora, lo que era. Tales opiniones no necesitaban comentarios, y no haré ninguno.

Nuestros libros –los libros que, durante años, habían formado una parte no pequeña de la existencia mental del inválido - estaban, como puede suponerse, en estricta concordancia con su carácter de fantasma. Estudiábamos juntos minuciosamente obras como el Ver-Vert y La Cartuja de Gresset; el Belfegor de Maquiavelo; El cielo y el infierno de Swedenborg; el Viaje subterráneo de Nicholas Klimm de Holberg; la Quiromancia de Robert Flud, de Jean D'Indaginé y de Dela chambre; el Viaje a la distancia azul de Tieck; y la Ciudad del sol de Campanella. Uno de sus volúmenes preferidos era una pequeña edición en octavo del Directorium Inquisitorium del dominico Eumeric de Gironne; y había pasajes, en Pomponius Mela, acerca de los antiguos sátiros africanos y egipanes, sobre los cuales Usher soñaba durante horas. Su principal deleite, sin embargo, lo hallaba en el examen de un enormemente raro y curioso libro en cuarto gótico –el manual de una iglesia olvidada-, el Vigiliae mortuorum secundum chorum ecclesiae maguntinae.

No puede dejar de pensar en el extraño ritual de esta obra, y en su probable influencia en el hipocondríaco, cuando una noche, tras informarme bruscamente de que lady Madeleine ya

no estaba entre nosotros, me planteó su intención de conservar su cadáver durante una quincena (antes de su entierro final) en una de las numerosas criptas dentro de las paredes principales del edificio. La razón profana esgrimida para esta singular actuación es algo que no me siento en libertad de discutir. El hermano había sido conducido a esta resolución (o eso me dijo) en consideración al extraño carácter de la enfermedad de la fallecida, a ciertas indagaciones inoportunas y ansiosas por parte de sus médicos, y a la remota y expuesta ubicación del panteón de la familia. No negaré que cuando recordé el siniestro aspecto de la persona con la que me crucé en la escalera, el día de mi llegada a la casa, no sentí deseos de oponerme a lo que consideré como una inofensiva, aunque no por ello innatural, precaución.

A petición de Usher, le ayudé personalmente en los preparativos del entierro temporal. Metimos el cuerpo en el ataúd, y los dos solos lo llevamos a su lugar de descanso. La cripta donde lo colocamos (y que no había sido abierta desde hacía tanto tiempo que nuestras antorchas, medio ahogadas por su opresiva atmósfera, nos dieron poca oportunidad de investigación) era pequeña, húmeda y crecía por completo de algún medio de admisión de la luz; se hallaba a gran profundidad inmediatamente debajo de esa parte del edificio donde estaba mi propio dormitorio. Al parecer había sido usada en remotos tiempos feudales para los peores propósitos de mazmorra y, en tiempos posteriores, como depósito para pólvora o alguna otra sustancia altamente combustible, puesto que una parte de su suelo y todo el interior de una larga bóveda que cruzamos para llegar a ella se habían revestido con cobre de un modo muy cuidadoso. La puerta, de recio hierro, había sido protegida también de una forma similar. Su inmenso peso hizo que produjera un sonido desacostumbradamente seco y chirriante cuando la movimos sobre sus goznes.

Tras depositar nuestra fúnebre carga sobre unos caballetes en aquella región de horror, corrimos parcialmente a un lado la aún no atornillada tapa del féretro y contemplamos el rostro de su ocupante. Una sorprendente similitud entre hermano y hermana atrajo por primera vez mi atención; y Usher, adivinando quizá mis pensamientos, murmuró algunas palabras por las que supe que la fallecida y él habían sido hermanos mellizos, y que siempre habían existido entre ellos afinidades de escasamente inteligible naturaleza. Nuestras miradas, sin embargo, no se mantuvieron largo tiempo sobre la muerta, porque no podíamos contemplarla sin estremecernos. La enfermedad que se la había llevado en la madurez de su juventud había dejado, como es habitual en todas las enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, la burla de un débil enrojecimiento en seno y rostro, y esa suave y equívoca sonrisa en los labios que resulta tan terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillar la tapa y, tras asegurar la puerta de hierro, nos encaminamos de vuelta a los casi igual de tristes apartamentos de la parte superior de la casa.

Y luego, transcurridos algunos días de amargo pesar, se produjo un cambio observable en los rasgos del desorden mental de mi amigo. Sus modales habituales desaparecieron. Sus ocupaciones habituales fueron descuidadas y olvidadas. Vagaba de habitación en habitación con un paso apresurado, desigual y sin objetivo. La palidez de sus facciones había adoptado, si era posible, un tono más cadavérico, pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. La, en sus tiempos, ocasional aspereza en el tono de voz ya no se oía; y una trémula vacilación en ella, como fruto de un extremo terror, caracterizaba generalmente sus palabras. De hecho, había ocasiones en las que pensaba que su siempre agitada mente estaba dando vueltas a algún opresivo secreto, para cuya divulgación intentaba reunir el valor necesario. A veces, de nuevo, me veía obligado a atribuirlo todo a las simples e inexplicables rarezas de la locura, porque lo veía mirar al vacío durante largas horas, en una actitud de profunda atención, como si estuviera escuchando algún sonido imaginario. No era extraño que este estado me aterrase, que me infectase. Sentía arrastrarse sobre mí, a un ritmo lento pero cierto, la violenta influencia de sus fantásticas pero impresionantes supersticiones.

Fue especialmente una noche, el séptimo u octavo día después de colocar a lady Madeleine en la mazmorra, al retirarnos a última hora a nuestras respectivas habitaciones, que experimenté todo el poder de tales sensaciones. El sueño no quiso acudir a mí, mientras las horas pasaban y pasaban. Intenté averiguar la razón del nerviosismo que me dominaba. Me esforcé en creer que buena parte, si no todo, de lo que sentía se debía a la intensa influencia del deprimente mobiliario de la habitación, de los oscuros y raídos tapices que, torturados por el

movimiento que producía el aliento de una creciente tempestad, se agitaban estremecidos en las paredes y susurraban inquietos alrededor de las decoraciones de la cama. Pero mis esfuerzos fueron infructuosos. Un irreprimible estremecimiento se apoderó gradualmente de mí; y al fin se sentó sobre mi corazón un íncubo de alarma sin motivo alguno. Lo eché a un lado con un jadeo y un estremecimiento, me alcé sobre las almohadas y, mirando fijamente a la intensa oscuridad de la habitación, presté oído –no sé por qué, excepto que un espíritu instintivo me impulsó a ello- a ciertos vagos e indefinidos sonidos que me llegaban, por entre las pausas de la tormenta, a largos intervalos, no sabía de dónde. Dominado por un intenso sentimiento de horror, inexplicable pero insufrible, me vestí con rapidez (porque tenía la sensación de que no debía dormir más durante la noche) e intenté librarme de la lamentable condición en la que había caído caminando rápidamente de uno a otro lado de la estancia.

Había dado varias vueltas de este modo cuando unos ligeros pasos en una escalera cercana llamaron mi atención. Reconocí al instante que eran los de Usher. Un momento más tarde golpeaba con suavidad mi puerta y entraba sosteniendo una lámpara. Su aspecto era, como de costumbre, cadavéricamente pálido, pero además había una especie de loca hilaridad en sus ojos, una histeria reprimida de modo evidente en toda su actitud. Su aspecto me abrumó, pero cualquier cosa era preferible a la soledad que había soportado durante largo rato, e incluso di la bienvenida a su presencia como un alivio.

¿Y no lo has visto? –dijo bruscamente, después de que yo me quedara mirándole durante unos momentos en silencio-. ¿No lo has visto? ¡Pues espera! Lo verás.

Y diciendo esto, protegiendo cuidadosamente su lámpara, se apresuró a una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la ráfaga que penetró casi nos alzó del suelo. En verdad era una noche tempestuosa pero de una dura belleza y una singularidad espantosa en su terror y hermosura. Al parecer, un remolino había reunido sus fuerzas en nuestras inmediaciones, pues había frecuentes y violentas alteraciones en la dirección del viento; y la enorme densidad de las nubes (que colgaban tan bajas que parecían pesar sobre las torres de la casa) no impedían que percibiéramos la extraordinaria velocidad a la que acudían unas contra otras desde todos los puntos cardinales, sin alejarse en la distancia. Ni siquiera su gran densidad nos impedía percibir esto, y sin embargo no teníamos ni el menor atisbo de la luna o las estrellas, como tampoco había el destello de ningún relámpago. Pero las superficies inferiores de las enormes masas de agitado vapor, así como todos los objetos terrestres que nos rodeaban, resplandecían a la luz innatural de una débilmente luminosa y claramente visible exhalación gaseosa que flotaba a nuestro alrededor y envolvía la mansión como un sudario.

¡No debes…, no has de contemplar esto! –le dije a Usher con un estremecimiento, mientras lo alejaba con suave violencia de la ventana y lo llevaba a una silla-. Esas apariciones que te trastornan no son más que fenómenos eléctricos en nada raros, o puede que tengan su espantoso origen en las fétidas miasmas del estanque. Cerremos la ventana; el aire es frío y peligroso para ti. Aquí hay una de tus novelas preferidas. Te la leeré, y tú escucharás, y así pasaremos juntos esta terrible noche.

El antiguo volumen que había cogido era el *Loco Trist* de sir Lancelot Canning; pero lo había llamado uno de los preferidos de Usher más como una triste broma que como una realidad, porque en verdad hay muy poco en su torpe y poco imaginativa prolijidad que pueda tener interés al elevado y espiritual idealismo de mi amigo. Sin embargo, era el único libro que tenía a mano, y tuve la vaga esperanza de que la excitación que agitaba ahora al hipocondríaco hallara alivio (porque la historia de los trastornos mentales está llena de similares anomalías) incluso en la exageración de la locura que iba a leerle. De hecho, a juzgar por el aire de tenso y vivo interés con el que escuchaba, o aparentaba escuchar, las palabras de la historia, hubiera debido congratularme del éxito de mi idea.

Había llegado a esa conocida parte de la historia donde Ethelred, el héroe de Trist, tras buscar en vano ser admitido pacíficamente en la morada del ermitaño, decide hacerlo por la fuerza. Aquí, como se recordará, las palabras de la narración dicen: “Y Ethelred, que por naturaleza era de valeroso corazón, y que ahora se sentía muy fuerte a causa del poder del vino que había bebido, no aguardó más a hablar con el ermitaño (que en suma era de un talante obstinado y malicioso), y sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo que se

desencadenara la tormenta, alzó su maza y, a golpes, hizo sitio en las planchas e la puerta para su mano cubierta por el guantelete; y tirando con fuerza de ellas, rompió, rasgó y lo destrozó todo, hasta el punto de que el seco y hueco resonar de la madera reverberó por todo el bosque y lo alarmó".

Al final de esta frase me sobresalté y, por un momento, hice una pausa; porque me pareció (aunque llegué de inmediato a la conclusión de que mi excitada imaginación me había engañado), me pareció que, desde alguna parte muy remota de la mansión, había llegado indistintamente a mis oídos lo que muy bien pudiera ser; en su exacta similitud de carácter, el eco (pero por supuesto ahogado y sordo) del mismo crujir y resonar que sir Lancelot había descrito de forma tan particular. Sin duda era simplemente la coincidencia lo que había frenado mi atención; porque, entre el resonar de las hojas de las ventanas y los habituales sonidos de la creciente tormenta, el sonido en sí no tenía al buen seguro nada que debiera interesarme o alterarme. Continué la historia:

"Pero el buen campeón Ethelred, tras franquear la puerta, se sintió dolorosamente furioso y sorprendido al no percibir ninguna señal del malicioso ermitaño; sino, en su lugar, un dragón de escamoso y prodigioso aspecto y de fiera lengua, que montaba guardia delante de un palacio de oro con suelo de plata; y en el muro había colgado un escudo de reluciente bronce con esta leyenda grabada: *Quien entre aquí, conquistador será; quien mate al dragón, el escudo ganará*.

Y Ethelred alzó su maza y golpeó la cabeza del dragón, que cayó ante él, y exhaló su pestilente aliento con un chillido tan horrendo y seco, y tan penetrante, que Ethelred tuvo que taparse las orejas con las manos para protegerse del estruendo más terrible que jamás había oído".

Aquí me detuve bruscamente de nuevo, y ahora con una sensación de terrible asombro, porque no podía haber ninguna duda de que en esta ocasión había oído realmente (aunque me fuera imposible decir de que dirección procedía), bajo y al parecer distante, pero seco, contenido y absolutamente extraño, un sonido crispante o chirriante, la contrapartida exacta de o que mi imaginación había conjurado ya para el innatural chillido del dragón tal como era descrito por el novelista.

Oprimido a todas luces como me sentía por aquella segunda y más extraordinaria coincidencia, por un millar de conflictivas sensaciones, en las cuales predominaban la maravilla y el más extremo terror, retuve sin embargo la suficiente presencia de ánimo como para evitar excitar, con alguna observación, el sensible nerviosismo de mi compañero. No estaba completamente seguro de que se hubiera dado cuenta de los sonidos en cuestión; aunque sin la menor duda una extraña alteración se había producido en los últimos minutos en su comportamiento. Sentado frente a mí, había hecho girar poco a poco su silla hasta quedar sentado mirando a la puerta de la habitación; y así sólo podía percibir parcialmente sus rasgos, aunque vi que sus labios temblaban como si estuviera murmurando de forma inaudible. Había dejado caer la cabeza sobre su pecho, aunque sabía que no estaba dormido, puesto que el ojo que captaba de perfil estaba muy abierto y rígido. El movimiento de su cuerpo contradecía también aquella idea, puesto que lo balanceaba a uno y otro lado con una oscilación suave pero constante y uniforme. Tras tomar nota rápidamente de todo esto, proseguí la narración de sir Lancelot, que continuaba de este modo:

"Y ahora el campeón, tras haber escapado de la terrible furia del dragón, y pensando en el escudo de bronce y en que el encantamiento que pesaba sobre él se había roto, apartó de su camino al dragón muerto y avanzó valerosamente por el pavimento de plata del castillo hasta donde estaba el escudo en la pared; el cual no esperó a que llegara a su lado, sino que cayó al plateado suelo a sus pies, con un resonante estrépito".

Tan pronto hubiera cruzado mis labios estas sílabas, capté –como si un escudo de bronce hubiera caído pesadamente en aquel momento sobre un suelo de plata- una reverberación inconfundible: hueca, metálica y resonante, aunque apagada en apariencia. Completamente fuera de mí, salté en pie; pero el rítmico movimiento oscilante de Usher no se alteró. Corrí a la silla donde estaba sentado. Sus ojos estaban fijos ante él, y todo su aspecto presentaba una pétrea rigidez. Pero, cuando apoyé una mano sobre su hombro, se produjo un fuerte estremecimiento en toda su persona; una enfermiza sonrisa afloró a sus labios y vi que hablaba

en un murmullo bajo, apresurado y balbuciente, como si no se diera cuenta de mi presencia. Me incliné sobre él, y absorbí al fin el horrible significado de sus palabras.

-¿No lo has oído? Sí, lo oigo, y lo he oído. Durante mucho y largos, largos, largos minutos, muchas horas, muchos días, lo he oído, pero no me atrevía… ¡Oh, piedad para mí, miserable desdichado que soy! No me atrevía…,¡no me atrevía a hablar! ¡La hemos sepultado viva! ¿No te dije que mis sentidos son muy agudos? Ahora te digo que oí sus primeros débiles movimientos en el hueco del ataúd. Los oí hace muchos, muchos días, pero no me atrevía…,¡no me atrevía a hablar! Y ahora, esta noche, Ethelred…,¡ja, ja…!, la puerta del ermitaño rota, y el grito de muerte del dragón, y el resonar del escudo…,¡digamos más bien el ceder de su ataúd, y el gruñir de los goznes de hierro de su prisión, y su debatir con la bóveda de cobre de la cripta! ¡Oh!, ¿adónde puedo huir? ¿No estará aquí muy pronto? ¿No aparecerá para reprocharme mi precipitación? ¿No he oído ya sus pasos en la escalera? ¿No capto el pesado y horrible latir de su corazón? ¡Insensato! –y aquí se puso furiosamente en pie y gritó las palabras, como si con aquel esfuerzo exhalara su alma-, ¡Insensato! ¡Te digo que ahora está de pie al otro lado de la puerta!

Como si con la energía sobrehumana de sus palabras hubiera adquirido el poder de un hechizo, los pesados y antiguos batientes a los que señalaba abrieron lentamente sus poderosas mandíbulas de ébano. Era obra de las ráfagas de viento…, pero entonces, sin aquellas puertas que la ocultaran, allí estaba la erguida figura amortajada de lady Madeleine de Usher. Había sangre en sus ropas blancas, y la evidencia de un intenso debatir en cada porción de su delgado cuerpo. Por un momento permaneció temblorosa y vacilante en el umbral; luego, con un gemido, cayó pesadamente hacia delante sobre la persona de su hermano, y en su violenta y ahora definitiva agonía lo arrastró al suelo ya cadáver, víctima de los terrores que había anticipado.

Huí aterrado de aquella estancia y de aquella mansión. La tormenta estaba en su apogeo cuando crucé la vieja calzada. De pronto, una intensa luz estalló a lo largo del sendero, y me volví para ver de dónde podía surgir un resplandor tan extraño, puesto que sólo la enorme casa y sus sombras estaban tras de mí. La radiación procedía de la luna llena, que se ponía brillando con un color rojo sangre, que iluminaba ahora vívidamente la hasta entonces apenas perceptible fisura de la que ya he hablado y que se extendía zigzagueante desde el tejado del edificio hasta su base. Mientras miraba, la fisura se ensanchó rápidamente –junto con un feroz embate del torbellino-; todo el orbe del satélite estalló bruscamente ante mi vista, y mi cerebro flaqueó cuando vi desmoronarse las poderosas paredes; hubo un largo y tumultuoso grito, como la voz de mil cataratas, y el profundo y hediondo estanque a mis pies se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la Casa de Usher.

Aclaraciones:

- Todas las tareas **llevan nota,** para tener una base cuando deba hacer los promedios.
- Los trabajos pueden hacerse de forma individual o en sub grupo de a dos.
- Las tareas deben ser presentados en formato de Word o pdf y no con lápiz ni lapicera, para una mejor corrección del mismo.
- Al finalizar la unidad se hará una tarea **individual** que constará como **evaluación.**
- El análisis de “La caída de la casa Usher” **tiene fecha límite de entrega el día viernes 8/5.**